

truyeron el monumento de que hablamos. Muy próximo al *sepulcro de Santiago el menor* se alza otro monolito que forma un cubo terminado en una pirámide cuadrangular, llamado entre los árabes *Gabr-Zodjet-Faraun*, el cual es la tumba de Zacarías, hijo de Joiada, nieto del gran sacerdote Baradisa. Marchando ciento ochenta pasos, esto es, á la distancia de cien metros próximamente, se llega al lugar en que estuvo la higuera en que se ahorcó Judas. Aunque los naturales señalan el punto en que nació esta higuera, no existen datos para fijarlo con precision, y todo lo que se sabe es, que se halla en el valle de Josafá entre la tumba de Zacarías y la aldea de Siloe. Quinientos cincuenta pasos poco más ó menos de la tumba de Zacarías se levanta el *Monte del Escándalo*, llamado así porque el eminente Salomon, el que construyó á Jehovah el más magnífico templo del mundo, edificó en sus días de caída sobre la cumbre de este monte varios templos á los falsos dioses de sus mujeres, á vista de lo cual se escandalizó el pueblo de Israel. *El monte del escándalo* no es topográficamente considerado otra cosa que la parte más meridional del monte Olivete, ó sea una pequeña cumbre de dicho monte, comprendida entre el camino que va á Bethania y el fin meridional de aquel, en cuya falda se unen los torrentes Cedron y Jihon, que corren al Oriente y Occidente del monte Acra, sobre el cual está fundado Jerusalem. Trescientos pasos próximamente

te debajo de la cumbre del monte del Escándalo se alza la aldea de Siloe; esta aldea se compone de una pequeña mezquita, de algunos edificios y muchas cavernas abiertas á pico en la roca en otro tiempo para que sirvieran de sepulcros, y que los habitantes han convertido hoy en casas. Esas cavernas se hicieron para los muertos y las utilizan los vivos. Todos los moradores de esta aldea son beduinos de lanza, es decir, beduinos que ni reconocen al sultan ni al pachá de Jerusalem, á pesar de distar solo un tiro de pistola de los muros de esta ciudad; beduinos que salen al camino y á la vista de la ciudad roban y matan al que cogen solo é indefenso. Por temor á estos beduinos fué por lo que fray Manuel Yuvero me hizo tomar el revólver, y cuando comenzamos á bajar el monte del Escándalo, aunque dimos un rodeo para desviarnos de aquella peligrosa aldea, al entrar en los campos de su pequeñísima jurisdicción saqué el revólver del cinto por indicacion de fray Manuel Yuvero, y lo llevé en la mano para que lo vieran aquellos salvajes, que entre los árboles y las matas se ocultan casi en cueros. Por los caminos de Jafa y de Bethlem se puede pasear de dia sin temor alguno, mas por las inmediaciones de Siloe es peligrosísimo verificarlo.

Habiendo salvado otra vez el torrente Cedron, y colocándonos á la parte de Jerusalem anduvimos algunos minutos ántes de llegar á la poética fuente de la Virgen. *La fuente de la Virgen ó fuente de*

Siloe, ó fuente Rogel; AIN-SITTI-MARIAM, fuente de la Señora María, se encuentra situada al pié del monte Ophel, debajo de Jerusalem, casi frente á la aldea de Siloe, en la línea que separa las tribus de Judá y de Benjamin: la forma una bóveda á la que se entra por un arco ojival grande; desde este arco se baja una ancha escalera de treinta peldaños y se encuentra el depósito de agua, que mana junto al último peldaño, *depósito tranquilo y silencioso*, como dijo Isaías, en cuya orilla de piedra se ven sillares dispuestos en sentido diagonal para que las jóvenes de Jerusalem laven allí sus ropas. Cuando la Virgen regresó á esta ciudad á presentar el niño Jesus en el templo, permaneció bastantes dias en casa del anciano Simeon, y durante esos dias todas las mañanas iba á la fuente de Siloe á lavar los pañales del niño. ¡Qué gratas debían ser las brisas!..... qué bellas las auroras de la mañana!..... En torno de la fuente crecen silvestres florecillas, de las que yo cogí bastantes, que traje á mi patria y repartí entre mis amigos, y conservo en mi casa con cariño y con devoción.

Después de reconocer bien la fuente de la Virgen, uno de los puntos que más poesía han ofrecido á mi espíritu en Tierra Santa, montamos en nuestros burros y caminando despacio durante algunos minutos, siempre con el revólver en la mano, por la margen derecha del torrente Cedron y por la falda del monte Ophel, llegamos á la pisci-

na de Siloe, distante, según medidas que se han tomado, trescientos cincuenta metros de la fuente de la Virgen. La *Piscina de Siloe* tan celebrada en las sagradas Escrituras, está cubierta en su mitad por una bóveda, restos de un templo antiguo, que según dicen, existió allí; tiene próximamente quince metros de largo por cuatro de ancho; es profunda; se baja á ella por algunos peldaños que no conté y que no bajé porque se hallan muy deteriorados, y por un conducto subterráneo recibe el agua de la fuente de la Virgen. Esta piscina, que á pocos pasos de ella forma una balsa, aseguran que experimenta flujo y reflujo; fenómeno que yo no tuve tiempo para examinar y que en mi juicio es debido á la intermitencia con que dicen mana la fuente de la Virgen, de donde recibe sus aguas, como acabamos de manifestar; cuyas aguas, lo mismo que las de la fuente de la Virgen, son en sentir de Flavio Josefo muy agradables, pero tienen confesado por todo el que las bebe un gustito salado apenas perceptible. En la Piscina de Siloe curó Jesucristo un ciego de nacimiento, cuya cura asombró á los escribas y fariseos, y cuyo ciego fué después San Sidonio, obispo.

Montados de nuevo en nuestros burros, anduvimos algunos minutos hácia el Mediodía, pero torciéndonos un poco al Occidente, y llegamos al lugar en que de orden de Manasés sacrificaron á Isaías, atándole á un árbol y serrándole de arriba

á abajo. Este lugar, que dista doscientos veinte pasos de la Piscina de Siloe, pertenece á la aldea de ese nombre; hoy nace en aquel punto una morera, que los habitantes del país pretenden sea la misma en que ataron al santo profeta; pero esta opinion la rechaza el buen sentido, porque ni aquella morera tiene aspecto de gran antigüedad, así me pareció a mí, ni la morera es árbol de larga vida.

Otra vez ginetes en los burros, anduvimos algunos minutos, primero hácia el Mediodía, despues hácia el Oriente, y en el mismo álveo del Cedron, que por aquella parte surca la pequeña pero amena vega de Siloe, encontramos el *Pozo de Nehemías*, distante cuatrocientos metros, sobre ochocientos pasos, del punto en que murió Isaías. El *Pozo de Nehemías*, construido de piedra sillar, y al que los árabes llaman *Bir-Ayub*, fué abierto por Job: tiene hoy unos treinta metros de profundidad, y disfruta gran importancia en la historia sagrada. Cuando el pueblo de Israel fué arrojado de su país y llevado á la cautividad de Babilonia, ocultaron sus sacerdotes en aquel pozo el fuego sagrado; cuando setenta años despues regresó á su tierra aquel pueblo, se encargó buscar el fuego á los hijos de los sacerdotes que lo habian guardado, cuyos hijos eran los depositarios de sus tradiciones. Los hijos de los sacerdotes acudieron á aquel pozo, lo abrieron, pero no encontraron mas que agua cenagosa, casi convertida en lodo. En.

tónces el gran sacerdote Nehemías levantó un altar, inmoló víctimas, y el sol, rasgando de súbito una nube que lo oscurecia, bañó con sus rayos el altar, produciendo gran resplandor en torno suyo. Nehemías entónces roció el altar con el agua cenagosa del pozo, y de aquella agua brotó el fuego sagrado. Desde entónces llamó Nehemías á este pozo *NEPH-TAR*, *purificacion*, y hoy se le conoce con el nombre de *Pozo de Nehemías*. Yo que he contemplado detenidamente este pozo, he visto que sus aguas se hallan lo ménos á quince metros bajo el nivel del suelo; y sin embargo, cuando las lluvias caen en abundancia aumentan aquellas tanto de volúmen, que brotan por la boca del pozo formando un cristalino arroyo, que corre por el torrente Cedron. Los árabes toman esto como señal de año fértil, y los habitantes de Jerusalem y los habitantes de Siloe, celebran durante algunos dias fiesta en torno de este pozo y en las orillas del arroyo, que las aguas del pozo han formado.

Marchando á pié un rato, entramos en el «valle del hijo de Hennon,» denominado por los indígenas *Ouadi-er-Rabab*, cuyo valle frondoso, cubierto de jóvenes olivos y de numerosas higueras, se extiende al Sur del monte Sion. Este valle, que separa la tribu de Judá de la de Benjamin, se hizo célebre en la Biblia porque el pueblo de Israel, aquel pueblo prevaricador, que tantos beneficios recibió de Dios, y que tantas veces se rebeló contra él, levantó allí el horrible ídolo de «Moloch,» en el

que sacrificaba víctimas humanas, constando que el mismo Manasés inmoló un hijo suyo. El ídolo de Moloch consistía en una gran estatua de metal con los antebrazos tendidos hácia adelante y los brazos hácia arriba, formando ángulo en el codo en ademan de recibir algun objeto que en ellos se pusiera; se encendia fuego por dentro, pues estaba hueco, y cuando los brazos y el pecho se ponian candentes, se colocaba en ellos á los niños ó niñas, ahogando los lamentos de las inocentes víctimas con el ronco són de muchos tambores tocados á la vez. Hé aquí el célebre ídolo ante el cual se presentó Jeremías, y rompiendo contra el suelo un botijo de barro, exclamó:

«Esto dice el Señor de los ejércitos: así quebraré yo á este pueblo y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero que no se puede ya más restaurar; y en Topheth serán enterrados, porque no habrá otro lugar para enterrar.»—*Jeremías*, cap. 19, V. II.

IV.

Caminando á pié, porque es imposible verificarlo de otro modo, principiamos á subir una roca áspera que nace en el valle del «Hijo de Hennon,» y que extendiéndose al Occidente del monte Sion, se encuentra separada de éste y de Jerusalem por el torrente Gihon y vá á empalmar con el no mé-

nos célebre campo llamado «Hacceldama.» Cerca de la cumbre de la roca de que venimos hablando, se ven muchas cavernas abiertas á pico, que segun se asegura fueron retiros de santos cenobitas, los cuales se cerraron en ellas para consagrarse á Dios durante los primeros siglos del cristianismo. La contemplacion de estas cavernas allá frente á Jerusalem despierta en la mente hondas reflexiones; pero en la que principalmente se fija el peregrino que visita estos lugares, es en una de mayores dimensiones que ocupa el punto más alto y á la que no se puede subir sin algun peligro, porque ya se ha desgastado la pendiente escalera que conduce á ella. En esta caverna se escondieron ocho apóstoles la sublime noche en que las turbas prendieron á Cristo; esta caverna fué convertida despues en sepulcro, donde se enterró á Anás, suegro de Caifás, y en tiempos posteriores constituyó la gruta donde vivió, hizo oracion y tal vez murió San Onofre. Caminando pocos minutos á pié, y sintiendo ya el abrasador, el picante sol de la Palestina, entramos en el campo de Hacceldama ¡maldito campo! ¡Que afecciones tan horribles despiertan aquellos pedregales en el alma del viajero...! Un hombre vende á otro hombre... un amigo vende á su amigo... un discípulo vende á su maestro... Júdas vende á Cristo... y con el horrendo precio de tan criminal venta se compra ese campo á un alfarero. ¡Ni en ese campo pueden posarse las aves ni en él pueden brotar las flores..... eso dicen

en Oriente, y lo que en Oriente dicen acerca de este campo, casi es una verdad! Ni flores, ni yerbas, ni aves se ven en su escabrosa superficie; sólo tumbas se abren á nuestros piés, tumbas subterráneas que hacen comprometido el andar por allí; tumbas donde los judíos enterraban á los peregrinos que morían en Jerusalem; tumbas donde posteriormente los caballeros de San Juan daban sepultura á los que fallecían en sus hospitales..... ¡Triste silencio de la muerte, que durante tantos siglos se ha albergado allí!

«Y venida la mañana,» dice San Mateo en su Evangelio, «todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesus para entregarle á la muerte.—Y lo llevaron atado y lo entregaron al presidente Poncio Pilatos.—Entónces Júdas, que le habia entregado, cuando vió que habia sido condenado, movido de arrepentimiento volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos.—Diciendo: he pecado entregando la sangre inocente; mas ellos dijeron ¿qué nos importa á nosotros? Viéraslo tú.—Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró y fué y se ahorcó con un lazo.—Y los príncipes de los sacerdotes tomando las monedas de plata dijeron: no es lícito meterlas en el tesoro porque es precio de sangre.—Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, por lo cual fué llamado aquel campo HACCELDAMA, esto es, CAMPO

DE SANGRE hasta el dia de hoy.»—Cap. 27, vs. 1 al 9. Santa Elena cercó con un muro este campo, de cuyo muro nada se conserva ya, á no ser que á él pertenezcan algunas de las piedras que abundan en dicho campo, y llevó miles de carretadas de esta tierra á los cementerios de Roma. Yo tambien cojí una poca que conservo como recuerdo de aquel campo y de aquella mañana. El calor se dejaba ya sentir con una fuerza inconcebible; guardando yo mi revólver, porque ya no era necesario, subimos la áspera pendiente que conduce al monte Sion, y montando allí en nuestros burros nos dirigimos á Casanova con objeto de descansar algunas horas y comenzar nuestra expedicion de la tarde.